

ESTUDIOS ETNOLOGICOS
SOBRE
LOS ABORIGENES DE LOS ANDES ECUATORIALES.



OBRAS PRINCIPALES DEL INGENIERO DR. RICHARD MULLER.

EN INGLES:

Hydroelectrical Engineering, New York 1921. *
Geographical Notes on Ecuador, London, 1928.

EN FRANCES:

Essais de Turbines, Paris 1910.
Mémoire sur les Barrages-Déversoirs, Paris 1913.

EN CASTELLANO:

Legislación de Aguas (en colaboración con el Dr. Carlos Tobar y Borgoño). Quito 1912.
La Planta Hidro-Eléctrica Municipal, Quito 1913.
Agua Potable y Canalización (Cloacas), Quito 1916.

EN ALEMAN:

Ueber die Urbewohner der Hoch-Anden von Ecuador,
Berlin 1928.

PROXIMO A PUBLICARSE:

EN CASTELLANO:

Manual para Ingenieros.
Un Nuevo sistema de Tracción para Ferrocarriles de
Montaña a Tráfico Moderado.

EN ALEMAN:

Die Geschichte der Eroberung von Quito.

EN INGLES:

The Discovery of the Amazon River
The River Systems of Ecuador.

EN QUICHUA:

Diccionario de Nomenclatura Topográfica Quichua-Español-Inglés.

EN PREPARACIÓN:

EN CASTELLANO:

La Ingeniería Sanitaria en los Países Tropicales.

* Véase la última página.

ESTUDIOS ETNOLOGICOS
SOBRE
LOS ABORIGENES DE LOS ANDES ECUATORIALES.

FOR EL

DR. RICHARD MULLER

Ingeniero Consultor del Gobierno Dominicano.

Miembro de la Sociedad Americana de Ingenieros Civiles,
del Instituto Americano de Ingenieros Electricistas,
de la Sociedad Americana de Geografia.

Antiguo Profesor de la Facultad de Ciencias en la Universidad de Quito e Ingeniero Consultor del Gobierno del Ecuador; Delegado Oficial ante los Congresos Científicos de Turin, Italia (1911) y de Berlín, Alemania, (1913); Miembro Honorario del Comité Organizador del Congreso de Ingeniería de San Francisco de California, (1915); Miembro Cooperador del Segundo Congreso Científico Panamericano, Washington, (1916); Delegado Oficial del Ecuador ante la Comisión Panamericana de Carreteras, Washington (1924) etc.

SEGUNDA EDICION

CASA EDITORIAL MONTALVO

ARZOBISPO MERINO No 48,

SANTO DOMINGO R D

1929.

0000099-5.

**ES PROPIEDAD
DEL AUTOR.**

NOTA. Estos ESTUDIOS ETNOLOGICOS SOBRE LOS ABORIGENES DE LOS ANDES ECUATORIALES constituyen la versión castellana del mismo trabajo que publiqué originalmente el año pasado en el idioma alemán bajo el título: DIE URBEWOHNER DER HOCH-ANDEN VON ECUADOR, (Berlín 1928).

Aprovecho la oportunidad para expresar mis agradecimientos al Sr. Dr. Enrique Alfau, quien ha leído cuidadosamente mi manuscrito en español y ha sugerido varias correcciones útiles.

RICHARD MULLER.

Para el viajero casual que tiene la buena fortuna de visitar las altiplanicies de los Andes ecuatoriales, pocas imágenes le parecerán estar adornadas de colores más expresivos que las escenas de la vida rural de los indios. Sea que transitemos a través de las provincias del norte y que percibamos el apacible paisaje en los alrededores del lago de San Pablo, o sea que crucemos los desolados *páramos* al sur de Alausí, o que veamos de paso el vasto panorama que se desarrolla desde Celica hasta el valle del Macará, en la frontera del Perú, siempre es un encanto encontrarse en medio de esa naturaleza maravillosa que varía en color y aspecto según la región que se atravesase, y contemplar aquí y allá las chozas pintorescas de los indios, que se levantan ya en una pequeña *chacra* cercada con un seto de cabuyas, ya en la ve-

cindad del torrente que ruge o ya colgadas en las laderas escarpadas y casi inaccesibles de valles hondísimos.

Pero lo que en el Ecuador afecta nuestra imaginación tanto como las maravillas del paisaje, es la novedad de ver por primera vez los individuos que dan vida a estas imágenes: los indios *quichuas*, que encontraríamos probablemente en un sendero de la montaña, andando descalzos por el lodo frío y arreando unos burros pequeños y pacientes, cargados de rollos de estera, sacos de maíz y otros productos de la *chacra*, destinados a la venta en la aldea más cercana. El indio, un poncho rojo al hombro, viste camisa y calzoncillo de tela blanca, bastante tejida, mientras que la india lleva falda con un cinturón de vivos diseños que borda ella misma, completando su vestidura con un pañolón de colores brillantes: el típico *añacu*, que ella envuelve con gracia alrededor de la cabeza y de los hombros.

Y al acercarnos, es seguro que ambos indígenas de rostro color canela, interrumpirían sus admoni-

ciones a los burros, levantarían tímidamente sus sombreros de fieltro blanco y de anchos rebordes, para expresar en voz baja un humilde «Bendito sea el Altar de Dios», con una expresión en el semblante que, sin ser fría ni severa, parece ser serena, y más bien incomprensible.

A decir verdad, estaríamos inclinados a ser convencidos de la completa resignación de estos indígenas de la Cordillera de los Andes, cuya filosofía parece circunscrita al estrecho círculo de las necesidades más primitivas de la vida. Sin embargo, apenas pasamos el umbral de sus pequeñas chozas y analizamos más detalladamente las circunstancias de su vida, somos perceptiblemente impresionados por el aspecto patético de estos seres humanos que voluntariamente se reducen al último grado de la desdicha, porque, entre sus costumbres hereditarias, ellos demuestran una conformidad maravillosa a la pobreza y a la suciedad que es imposible dejar de admirar, ni menos sorprendente por ser continua. La naturaleza da fuerza a las costumbres que se adquieren

temprano en la vida, y de hecho estas costumbres fueron legadas a estos indios por los años de opresión que pasaron sobre las generaciones anteriores, y de cuyo conocimiento ellos han llegado a aborrecer las costumbres y la sociedad del hombre civilizado.

Entre los miembros de esta familia se encuentran esparcidos los fragmentos de sus tradiciones, y éstas son las que les inspiran un afecto tan fuerte e intenso al terruño y a la manera de vivir de sus antepasados. El resultado es que sus sentimientos, reprimidos por una sujeción poco natural, los han transformado en un estado de tristeza y pasividad que en el fondo es ficticia, porque en su simplicidad, ellos están esperando con paciencia el día en que puedan devolver a los que no son de su sangre, todos los daños que su raza ha sufrido durante siglos.

Es imposible no meditar acerca de los rasgos de esta gente primitiva, ni dejar de ser interesado en la delineación de su probable origen, su distribución en el país, sus relaciones entre ellos mismos y otras circunstancias que tienden a explicar condiciones que

en el largo transcurso de los tiempos apenas han variado de lo que eran.

Ante la tarea de coleccionar tales características en un solo punto de vista, uno no debe olvidar que los llamados «indios quichuas» de los Andes del Ecuador, no proceden de un mismo origen, sino que al contrario resultan de una amalgama de varios troncos que difieren en instintos y temperamento. Para descifrar esta mezcla heterogénea, es imprescindible volver al pasado tal como lo ha registrado la arqueología prehistórica y ha sido descrito por los historiadores. Incidentalmente, estaríamos tal vez inclinados a hacer conjeturas acerca de los motivos básicos que han dictado sus costumbres y creencias, cuyo origen y significado el indio seguramente no nos podría explicar, suponiendo que tuviéramos la habilidad de penetrar la reticencia que forma una parte tan singular de su naturaleza.



Hoy en día se admite generalmente que los primeros emigrantes al continente americano fueron de origen asiático ¹ y se supone también que su llegada ha debido ocurrir más o menos diez mil años antes de la Era Cristiana. El transcurso de este tiempo proporciona el mejor margen para explicar la extraordinaria dispersión de la raza primitiva y la diversidad de los rasgos e idiomas de sus descendientes: los indios nativos de hoy. No podemos errar mucho por consiguiente, si asociamos en un remoto pasado los aborígenes de los Andes del Ecuador con la raza asiática, a pesar de que, como en el caso de otras naciones americanas, el hilo de los acontecimientos no ha podido ser recojido sino a partir de una época relativamente reciente.

Según los cronistas españoles del tiempo de la Conquista, los habitantes de las altiplanicies de los Andes del Ecuador eran representados como descendiendo de dos grupos o ramales: los del sur, incluyendo los Aymaras y Quíchuas, y los del norte, no me-

nos importantes desde el punto de vista etnológico, compuestos de Caribes y Toltecas.

En tiempos antiguos, los Aymaras y Quíchuas vivían en relaciones muy estrechas cerca del Lago Titicaca y se puede decir con un grado suficiente de probabilidad, que aun entonces su idioma, cultura y semblante se asemejaban tanto que tenían probablemente un origen común, porque es un hecho muy conocido que dos tribus de estirpe distinta no pueden vivir juntas por mucho tiempo sin que la una o la otra sea absorbida.

«El idioma aymara» observa Markham ² «tal como lo hablan los Aymaras desde Puno hasta las partes centrales de Bolivia, y en los alrededores del Lago Titicaca, es diferente del quíchua de los Incas, aunque evidentemente debe ser una lengua hermana. No he podido encontrar mucha diferencia entre los indios de Puno, quienes hablan aymara, y los indios quíchuas de Cuzco».

Sin embargo, la opinión de Markham no es aceptada por algunos otros etnógrafos, los cuales consi-

deran los Aymara y Quíchuas como dos ramales distintos.³

El período de emigración de los Caribes, cuya cuna se encontraba entre las cuencas superiores de los ríos Paraguay y Xingo o Chingu, es más o menos desconocido; pero en la época del descubrimiento de América, eran señores de la costa norte de Sud América y de las Antillas. Los conquistadores españoles han aludido a ellos muchas veces como estando relacionados con los aborígenes de Darien y de Popayan y aun con los mismos Chibchas o Muiscas.

Pascual de Andoya⁴ escribía en 1545 que «confinan con esta provincia de Biru la costa adelante dos señores extranjeros en aquella tierra que habían venido conquistando de hacia las espaldas del Darien y ganaron aquella provincia». «Estos son Caribes», decía, «y flecheros de muy mala yerba». Por otra parte, el Coronel G. E. Church⁵ opina que los Caribes penetraron en la altiplanicie de los Andes de Quito por el Pongo de Manseriche, y Jiménez de la Espada⁶ asevera también que el Pongo de Manseri-

che es indudablemente la puerta por la que los Caribes entraron en el Perú.

Según S. G. Morton ⁷, «la familia de los Toltecas comprendía todas las naciones semi-civilizadas de México, Perú y Bogotá». Era una casta que vivía en territorio de los Mayas, aseveración esta que ha sido completamente confirmada por las investigaciones arqueológicas de Chichen-Itza. Aunque faltan datos positivos acerca de sus emigraciones, es de suponer que ellos han sido estorbados por los Aztecas y, por el año 1064 A. D., impelidos a retirarse más allá de sus asientos primitivos.

Garcilaso de la Vega ⁸, al referirse a los aborígenes de la meseta de los Andes, los representaba como que habían venido originalmente de México por la vía de Panamá, y se cree generalmente que las ruinas del Gran Chimu, cerca de la ciudad moderna de Trujillo, en el Perú, llevan una cierta semejanza a otras ruinas situadas en México, «de allí la teoría» escribe Keane ⁹, «de que los Chimus, cuyo origen se ignora, eran Toltecas de la América Central».

De modo que turbados por el populacho de su propia tierra, o por la esperanza del saqueo, o tal vez por el deseo natural del más fuerte, de adueñarse de la propiedad del más débil, estas naciones inquietas y errantes hicieron irrupciones esporádicas en el nuevo territorio que se puede verdaderamente llamar el sitio de encuentro de mareas humanas. Y el valle interandino de los Andes de Quito, que por su belleza, esplendor y posibilidades agrícolas, ellos no habían visto igualado nunca, los invitó a hacer su hogar permanente al mismo tiempo que les ofrecía los medios de subsistencia.

Pero los páramos de las Cordilleras y de sus nudos transversales, azotados por el recio impulso de vientos desenfrenados, y cuya desolación helada no ofrece alivio, formaron poco a poco líneas definidas de demarcación en los aspectos y condiciones sociales de la vida de los emigrantes. No solamente se levantaron como barreras al trato entre comunidades vecinas, sino que la severidad de su clima los hizo inadaptables para las condiciones desvalidas de

la vida primitiva y los inhabilitó para la cultura de plantas alimenticias. En consecuencia, las características de los páramos determinaron una serie de valles secundarios, todos contenidos dentro de la altiplanicie interandina y en sitios favorables para fines agrícolas y de residencia estable. Aquellos valles eran también suficientemente aislados uno de otro para explicar la existencia de algunas tribus relativamente independientes, que en el curso de generaciones habían desarrollado una cultura rudimentaria propia, tal como ha sido comprobado por investigaciones modernas, arqueológicas y filológicas.

*
* *

La región angosta que se extiende en una longitud de cuatrocientas millas, desde el origen de los ríos Pascual y Guaiquier, en el norte, hasta el valle del Macará, en el sur, y que comprende más o menos siete mil millas cuadradas de territorio habitable, estaba hace unos seis siglos, desigualmente repartida entre siete naciones pequeñas.



El grupo que vivía más al norte, y que los autores modernos han distinguido por el apellido general de *Pastos*¹⁰ como designando geográficamente su morada prehistórica, ha sido representado como descendiendo de la nación poderosa de los Quillacingas¹¹, si bien es verdad que Cieza de León¹² había señalado anteriormente que «las costumbres destes Indios Quillacingas ni Pastos no conforman unos con otros, porque los Pastos no comen carne humana; cuando pelean con los Españoles, o con ellos mismos». Uno de sus ramales que vivían más al sur era el de los Turcas (Tulcanes), quienes ocupaban el territorio situado al sur del río Carchi, inclusive la región cerca de El Angel y extendiéndose hasta los páramos de Boliche, aseveración que Rivet ha verificado por el examen de restos arqueológicos y de la analogía de nombres geográficos.

Los *Caras*, vecinos de los Pastos, se habían establecido en la parte del valle interandino que se extiende desde los páramos de Boliche hasta los de Tiopullo, con una superficie de cerca de mil doscien-

tas millas cuadradas. Originalmente, algunas bandas de los Caras abandonaron sus hogares inhospitalarios en el litoral del Océano Pacífico, cerca de la desembocadura del río Esmeraldas y, remontando primero las riveras de éste y luego las de su afluente importante, el río Guallabamba, emigraron gradualmente tierra adentro, hasta que, por el año 1000 A. D., entraron a la meseta interandina y subyugaron la nación de los Quitus con sus tribus de menor importancia, desde los Malchinguis, al extremo norte, hasta los Machachis, al extremo sur. La nación de los *Quitus*, hoy completamente desaparecida, había sido establecida en esa región desde tiempo inmemorial, y los miembros que la componían eran decididamente superiores a sus vecinos, tanto en inteligencia como en actividad general. Velasco ¹³ señala que los propietarios primitivos del suelo contaban entre otras a las tribus siguientes: la de los Chotas, Miras, Quillacas, Imbaburas, Otavalos, Cayambis, Imbayas (Caranquis) y de los Pimampiros, muchas de las cuales eran probablemente enlazadas por sangre con los

Caras debido a la larga dominación de éstos.

Al sur de los Caras había un tronco extensamente disperso que se llamaba *Latacungas* y que se distinguía de los Caras como siendo un ramal de una familia dialéctica diferente. Era compuesto de las tribus de los Alagues, Callos, Cuzubambas, Mulahalos, Mullihambatos, Panzaleos, Píllaros, Pillahalos, Pujilís, Saquisilís, Sigchos, Tanicuchis, Tiopullos, Toacasos y Yanaconas. La superficie de la región que ellos ocupaban se extendía sobre mil millas cuadradas y alcanzaba desde el nudo de Tiopullo, en el norte, hasta la cresta transversal de Sanancajas o Igualata, en el sur. Aunque su frontera oriental era formada por la Cordillera de Chalupas, fragmentos de ellos, los Sigchos y Pillahalos, vivían en el occidente, cerca del origen de los ríos Toachi y Pilaló.

En contigüidad inmediata con los Latacungas y dentro de los límites de la actual provincia del Chimborazo, vivían los *Puruays* o *Puruhaes*. Aunque se conoce poco acerca de su identidad primitiva, Cieza

de León ¹⁴, basándose en una similitud notable de costumbres, ha supuesto que ellos tenían afinidad con la tribu de los Jíbaros, pero esta cuestión no ha sido aún aclarada. El territorio de los Puruhaes, representando una superficie de más o menos 1100 millas cuadradas, estaba limitado al norte por el Nudo de Sanancajas, al oeste por lo que hoy se llama la Cordillera Real y al sur por el Nudo de Tiocajas. Según Verneau y Rivet ¹⁵, no hay lugar a dudar que las tribus confederadas que Velasco había clasificado como Chimbos o Tixanes, constituyan ramales parientes de la familia Puruhaes. Un fragmento de esta última, que habita cerca de la laguna de Colta, ha guardado hasta hoy una individualidad notable, vive en la escala más baja de la cultura humana, y sus miembros han resistido a todo acercamiento, razón por la cual conservan sus rasgos antiguos. En apariencia física, ellos tienen una semejanza extraordinaria a los Mongoles, tanto más cuanto que a primera vista no se los consideraría sino como un ramal de la raza asiática.

Al otro lado del Nudo de Tiocajas, al sur de los Puruhaes, moraban las tribus turbulentas y guerreras de los *Cañaris*, las que ocupaban sin interrupción los valles superiores de los ríos Chanchan, Cañar y Paute o Tomebamba, y sus afluentes. El territorio que les pertenecía representaba un área de más o menos mil quinientas millas cuadradas, y según Rivet¹⁶ era limitado al sur por el río Jubones, exceptuando la región en la margen izquierda de su afluente, el río León.

Los Tarquis vivían al extremo sur mientras que el grupo de los Tiquizambis, de la familia Puruhaes, eran los vecinos más próximos por el lado norte. «Con estos Indios», escribía Ulloa¹⁷, «estaban unidos los Guasuntos y Pomalláctas, en cuyo distrito permanecen los vestigios de otra fortaleza de aquel tiempo: eran en todo compañeros, y se denominaban Cañarejos, formando una parcialidad».

El siguiente y último grupo que habitaba en los Andes del Ecuador ha sido distinguido por el nombre nacional de *Pallas*. Su territorio comprendía aquella

parte de la meseta interandina que se extiende desde la orilla izquierda del río Jubones hacia el sur, incluyendo la hoja superior de los ríos Tumbes, Catamayo y Macará, es decir, comprendiendo una superficie total de 2200 millas cuadradas aproximadamente. Antes de la invasión de los Incas, ellos se extendían hasta más allá de la Cordillera, y una de sus tribus, los Gonzavales, ocupaban la cuenca superior del río Zamora. Otros ramales habían seguido hacia el oriente a través de la Cordillera hoy llamada de Sabanilla y, bajo el nombre de Xorocas, habían poblado los distritos del Chinchipe superior. Los Paltas eran sin duda consanguíneos con los Jíbaros ¹⁸ que habitaban las inmensas regiones forestales de las hoyas del Santiago y del Pastaza, porque el Capitán Hernando de Benavente, al tiempo de su expedición entre los Jíbaros de Macas, informó que los Paltas que le acompañaban no habían tenido dificultad en comprender el idioma jíbaro. Hay razón de suponer, por consiguiente, que los Paltas y Jíbaros descendían del mismo tronco, quizás el que Church y Jiménez de la Espada

distinguieron como habiendo llegado a la meseta de los Andes por vía del Pongo de Manseriche.

*
* *

Habiendo trazado este bosquejo etnográfico, conviene examinar ahora en qué consistía la semejanza o disimilitud de las condiciones sociales de esa gente primitiva. Considerando la fertilidad de la meseta de los Andes, su salubridad y la uniformidad singular de su clima, se podría creer que la vida de los indígenas transcurría en ocupaciones pastorales o agrícolas. Nada está más lejos de la verdad que tal suposición. Enmurallados por los nudos de las Cordilleras, había poca comunicación entre estas diferentes naciones y es indudable que todas ellas eran más o menos conocidas por su salvajismo y su ferocidad indómita; su enemistad constituía la esencia de sus tradiciones, y producía desacuerdos que necesariamente eran obstáculos a todo orden social.

«Muchas veces», dice Cieza de León ¹⁹ «pregunté a los moradores de estas provincias lo que sabían que en ellas hobo antes que los Incas los señoreasen, y sobre esto dicen que todos vivían desordenadamente, y que muchos andaban desnudos, hechos salvajes, sin tener casas ni otras moradas que cuevas de las muchas que vemos haber en riscos grandes y peñascos, de donde salían a comer de lo que hallaban por los campos. Otros hacían en los cerros castillos, que llaman *pucara*, desde donde, ahullando con lenguas extrañas, salían a pelear unos con otros sobre las tierras de labor, o por otras causas, y se mataban muchos de ellos, tomando el despojo que hallaban y las mujeres de los vencidos, con todo lo cual iban triunfando a lo alto de los cerros, donde tenían sus castillos, y allí hacían sus sacrificios a los dioses en quien ellos adoraban, derramando delante de las piedras e ídolos mucha sangre humana y de cordero. Todos ellos eran behetrias sin orden, porque cierto dicen no tenían señores ni más que capitanes con los cuales salían a las guerras: si algunos andaban

vestidos, eran las ropas pequeñas, y no como ^{ah}ahora las tienen».

La descripción anterior representa las condiciones sociales en un pasado lejano; sin embargo, no cabe duda que un siglo antes de la conquista española, los aborígenes que vivían en la altiplanicie de los Andes ecuatoriales habían llegado a un grado de cultura algo superior, y sus costumbres pueden ser determinadas si examinamos en primer lugar sus moradas.

Desde el punto de vista arquitectónico, las casas más primitivas de las cuales se han hallado los restos, eran rudimentarias, todas construídas según el mismo plan y formadas por una sola pieza, sin otras variaciones que sus dimensiones y la naturaleza de los materiales empleados en su construcción.

Las moradas de algunas tribus como los Pastos y Paltas eran construídas de una especie de mortero de fuerza y duración notables, llamado *cangagua*. No obstante las inclemencias del tiempo a las cuales estaban expuestas esas estructuras, algunas de sus

ruinas se encuentran aún en diferentes partes del territorio antiguamente ocupado por aquellas naciones.

Según Rivet, uno de los observadores más fidedignos en materia de etnografía antigua del Ecuador, aquellos edificios eran de forma circular, median de veinticuatro a treinta piés de diámetro y, de acuerdo con la costumbre general, eran cubiertos con la yerba seca de páramo llamada *stipa ichu*. De una manera análoga, los Caras hacían sus casas en forma de colmenas circulares, porque esa forma ofrecía más seguridad contra el efecto de vientos fuertes; pero, en la construcción de las paredes, ellos empleaban rama; entrelazadas y las empañetaban en ambos lados con arcilla. Las residencias de sus jefes eran levantadas por la comunidad y eran mucho más grandes que aquellas de la plebe, requiriendo una columna central para sostener el techo.

Por otra parte, los Cañaris empleaban el bambú en la construcción de paredes cuya armazón era formada por troncos verticales. Sus edificios eran de

forma circular o elíptica, aunque los de sus jefes eran cuadrados y de dimensiones mucho mayores.

En el territorio de los Latacungas y Puruhaes, en donde la piedra podía obtenerse con facilidad, las casas y los templos eran de un carácter mucho más sólido y consistente. Por lo general, todas aquellas habitaciones carecían de piso y de ventanas, y el pequeño terreno en medio del cual estaban construídas era cercado de tapias o muros de *cangagua*, siendo su objeto principal el de proteger los inquilinos de las incursiones depredatorias de vecinos hostiles.

Es posible formarse una idea del hogar indio por la información recogida por los cronistas españoles, quienes manifestaron que los aborígenes vivían en promiscuidad con los animales que criaban, tales como perros, *llamas* y *cuyes*. Las camas consistían en dos o tres pieles de llama extendidas sobre el suelo, o, en los climas más templados, en una estera hecha del tallo y de las hojas fibrosas de junco o de caña, sobre las cuales dormían acurrucados, sin desvestirse. Usaban ollas y jarros de barro

para cocinar y también para guardar la *chicha*. En lugar de platos tenían calabazas, y las piedras de moler maíz completaban sus utensilios de cocina. El fogón sobre el cual la india preparaba la comida era de lo más rudimentario y consistía en tres piedras que sostenían la olla y entre las cuales se prendía un fuego de ramas, dejándose que el humo escapara por la puerta o a través del techo de paja. El ajuar era completado por husos, en que la india envolvía la hebra y formaba la mazorca; por ruecas para el lino, y por rastrillos llevando espinos a manera de dientes y algunos de los cuales eran provistos de un mango, y servían para cardar la lana.



Para los indios, el día principiaba antes del alba. Las labores que entonces se concentraban alrededor del hogar eran principalmente las que comprendían la preparación de la comida. Las mujeres molían el maíz para hacer *machca*, o lo tostaban para hacer *camcha*, o todavía preparaban su bebida favorita: la

chicha. También se ocupaban en reducir la lana a hilo, el cual tejían en un telar rudimentario. Con igual destreza, las indias hacían ropas: calzoncillos y camisas para los hombres o faldas y cinturones para ellas mismas, el diseño y colorido de los cuales demostraban gusto y arte. Fuera de eso, las indias atendían a las labores de los campos, araban la chacra de la familia y la sembraban; más tarde, ayudadas por los niños, hacían la cosecha. Como se ve, la posición de las mujeres era de extraordinaria subordinación, y su vida de rigores se reflejaba en su rostro endurecido y arrugado.

Por otra parte, los hombres gastaban su tiempo en vagar por montes y valles, y de vez en cuando raspaban pieles o bien afilaban aperos, hechos de piedra. Los Cañaris, así como algunas tribus de los Caras y Latacungas,—de estos últimos los Pujilis y Panzaleos especialmente,—modelaban lozas de barro, restos de las cuales, elaboradas en figuras fantásticas, han sido descubiertos de vez en cuando. Pero, más generalmente y en contraste con el espíritu de dili-

gencia de sus mujeres, los indios eran demasiado torpes para llegar a adquirir la costumbre del trabajo. Lo que los distinguía era una indolencia ignominiosa, adquirida desde la infancia y que no despertaba en ellos otro instinto sino el de aventurar o pelear. Ningún sentido de utilidad prevalecía sobre ellos: quedaban generalmente sumergidos en una apatía imperturbable, y, sentados en el suelo, como mudos, observaban a las mujeres que se ocupaban de los quehaceres diarios del hogar.

La ambición de aquella gente apenas se extendía fuera de sus necesidades diarias. Su comida favorita era entonces la que hoy es: principalmente maíz, y, en las diferentes maneras en que era servido, lo encontraban tan nutritivo y fortificante que no tenían deseos de otro alimento. La preparación del maíz como artículo alimenticio era una de las más laboriosas ocupaciones de las mujeres. Un método era el de hervirlo hasta partirse los granos, y esto lo llamaban *camcha* o *mote*. Al preparar lo que llamaban *machca*, ellas reducían el grano a una es-

pecie de harina después de haberlo tostado, y esta preparación es aún hoy día el alimento favorito de los indios de Latacunga. Cuando emprenden jornadas largas, ellos cargan con un abastecimiento de aquella harina en una pequeña bolsa colgada del cuello y la comen por cucharadas junto con agua o chicha. Es realmente sorprendente cómo una colación tan frugal tenga a los nativos tan sanos y robustos.

Aunque los indios aborígenes dejaban muchas de sus tierras sin cultivar, ellos obtenían algunos productos vegetales de sus chacras. La alimentación principal de los Caras, por ejemplo, consistía en papas y *camote*, o papa dulce, rica en almidón y azúcar; en el *lupino*, cuyas habas comían después de haberlas remojado por algún tiempo para quitarles la amargura. La *quinua*, cultivada en cantidades relativamente grandes y un vegetal llamado *huacamullu*, eran plantas alimenticias altamente apreciadas. A parte del maíz, los Cañaris se sustentaban con *oca*, *ulloco*, *majua*, *arracacha*, *camote*, *achira*, *achoccha*, *aji* y

yucca o *casaba* dulce, mientras que los Paltas consumían los productos que la naturaleza había introducido en su territorio, es decir: el *zapallo* y frutas como las *chirimoyas*, *paltas* o *aguacates*, *guabas*, *guayabas*, *guaitambos*, *granadillas* y otras.

Pero lo que más gustaba a los indios era la *cucca* (*coca*), una planta que crecía en los valles cálidos de Quilca y Pimampiro, en el norte, y en los valles de Chunchi, Alausí y Jubones, en el Ecuador central. Bajo la influencia de la coca, cuyas hojas mascaban, ellos podían ayunar durante varios días; la coca no solamente hace desaparecer el deseo de comer sino que aumenta la fuerza muscular, razón por la cual era muy solicitada por los indios quienes, después de mascar algunas de sus hojas, encontraban nuevas fuerzas durante sus jornadas de ascenso por las fuertes pendientes de la Cordillera.

Comían muy poca carne, y los Cañaris y Puruhaes se alimentaban ocasionalmente de tajadas de carne seca de llama, una preparación llamada *tarqui*, y a todos los indios, especialmente los de Mocha, les

gustaba la carne de *cuy*, una especie de conejo domesticado .

Ciertas tribus que vivían en las riveras de los ríos Guallabamba, Paute y Jubones se alimentaban en parte con pescado. La sal se consumía rara vez porque los nativos eran casi todos vegetarianos, pero la poca que obtenían, por compra o cambio, de los vecinos de la costa, o por evaporación de las aguas de ciertas fuentes, era probablemente impura y mezclada con partículas terrosas, tales como cloruro de calcio y de magnesio, y sulfato de potasio.

*
* *

Algunos individuos poseían vestidos extraños y complicados que se ponían en la ocasión de fiestas religiosas, matrimonios y entierros, pero ordinariamente, los hombres se cubrían de un saco sin mangas, hecho de lana o de algodón, y suficientemente largo para alcanzar de los hombros hasta las rodillas. Las mujeres se vestían de una falda que les cubría el cuerpo desde la cintura hasta media pierna, y

en muchas tribus, tanto los hombres como las mujeres, trenzaban su pelo largo, mientras que los Cañaris lo llevaban alrededor de la cabeza, a manera de corona.

Exceptuando los Caras, quienes tenían un temperamento enérgico, aunque eran de originalidad limitada, y las tribus de Cañaribamba, reconocidas como activas e inteligentes, los nativos prehistóricos tenían generalmente un genio pérfido, eran altamente irascibles y consideraban la vida en poca valía. De un desarrollo muscular bien proporcionado, tenían un valor físico que no era despreciable, y la desconfianza que una tribu sentía por otra, aumentada por la circunstancia de que aún siendo vecinos, hablaban idiomas diferentes, las conducía a hacerse la guerra. Así eran, por ejemplo, las hostilidades continuas que los Puruhaes llevaban en contra de los Huancavilcas y los Cañaris, y de estos últimos contra los Paltas y los Jíbaros, con los cuales combatían con el objeto de adueñarse de sus mujeres.

Juan de Salinas ²⁰, quien inmediatamente des-

pués de la conquista fundó las ciudades de Valladolid y Cumbinama, describe los Paltas que habitaban en la cuenca superior del Chinchipe, como estando continuamente peleando entre sí, y, en el furor de las hostilidades, como dedicados al pillaje y a arrebatar las cabezas de sus antagonistas. De manera igual a la de sus vecinos los Jíbaros, ellos se pintaban el rostro, brazos y piernas cuando iban a guerrear. Los del Chinchipe inferior «por modo de ostentación para dar a entender su valor y fiereza, pintan las rodela de que usan en la guerra, con labores que imitan a las de esta culebra (Themaca?); y su mordedura es tan nociva que quita la vida a el que llegan a ofender: no siendo fácil el conseguir que suelte, cuando una vez ha hecho presa». ²¹

Como lugares de defensa o de refugio, los Caras construían fortalezas protegidas por terraplenes que por su tamaño y por el dispositivo de sus partes, hacían resaltar la habilidad de los constructores. Partes de uno de aquellos fuertes han sido descu-

biertas cerca de Atuntaqui, y sus proporciones revelan una capacidad para abrigar a cinco o seis mil hombres.

Considerando que su ocupación principal era la guerra, no es sorprendente que el ingenio de los aborígenes se distinguiera especialmente en la manufactura de armas. Aparentemente, ellos no conocían ni el arco ni la flecha; empleaban de preferencia dardos, lanzas y hachas de madera dura o de piedra. Fuera de esas armas, los Puruhaes usaban la honda que llamaban *huaraca* y un género de mazo de madera llamado *huicopa*, que ellos manejaban con mucha destreza. Sin embargo, el arma favorita de casi todas las tribus era la *macana*, especie de bastón largo y delgado, incrustado de piedras afiladas y cortantes.

En tiempo de paz, aquellas tribus traficaban ocasionalmente con sus vecinos, ya en algodón, lana, tejidos y jarras de barro, o en los productos de su chacra, que consideraban superfluos a sus propias necesidades, pero en ese comercio, el miedo a los

ladrones era una barrera no menos formidable que la falta de medios de comunicación. La *coca* era el medio de intercambio ²² entre las tribus, aunque el comercio, como ocupación, nunca llegó a ser un elemento importante en su vida. Fascinadores deben haber sido su habilidad y sus expedientes fraudulentos, descritos por los cronistas españoles, y de los que hacían uso para engañarse mutuamente cuando cerraban algún negocio.

Sinembargo, la diversión suprema de aquellos indios era beber, y ellos se entregaban a la borrachera hasta perder el juicio; luego no es sorprendente que excesos de lo más chocantes fueran cometidos en ocasión de tales festejos. Bajo el estímulo de la chicha, de la música y del canto, provistos por hombres y mujeres, ellos bailaban con el rostro feroz y la mirada tétrica, sus esfuerzos musculares consistiendo en representaciones pantomímicas de ciertos incidentes de la vida de los ejecutantes, quienes finjían batallas y exhibían los varios movimientos de desafío, conflicto, persecución y victoria. Y en la mani-

festación de amor, de odio o instintos guerreros, cantaban los productos primitivos de su mente al acompañamiento de una música lenta y lamentosa, repitiendo un solo pensamiento o emoción con una persistencia interminable, casi hasta quedarse rendidos de cansancio.

Hay poca evidencia en materia de organización de las tribus y aún la aceptación del nombre de tribu en relación con estos indios es muy contradictoria. Si siguiésemos por ejemplo el catálogo formado por Velasco, en su *Historia Antigua del Reino de Quito*, la lectura del cual cansaría al lector, cada aldea debía ser llamada una tribu porque se podría demostrar que cada comunidad tenía su jefe particular y desarrolló su dialecto con material independiente ya que, debido a su segregación, existían enteramente separadas unas de otras. Cada tribu tenía su jefe hereditario, pero, entre los Puruhaes, a falta de hijo, se elegía otro varón de la misma familia dándose la preferencia al hijo de la hermana del difunto. Todas las tribus Puruhaes reconocían un jefe supremo o *con-*

chocando (cacique) cuya residencia estaba en Liribamba, su antigua capital, los vestigios de la cual han sido perdidos. Rivet supone que era localizada en la rjbera de los ríos San Juan o Chibunga, pero el sitio original quedará probablemente desconocido.

La nación de los Caras era en realidad una confederación de provincias independientes, gobernada cada una por un jefe distinto escojido entre los miembros más valientes y acaudalados de la casta. Velasco afirma que ellos tenían un gobierno centralizado—una monarquía aristocrática—cuyo caudillo, llamado Scyri, era nombrado por un concilio de nobles el cual dirigía los negociados de la nación. De acuerdo con el monarca, dicho concilio arreglaba las asambleas y ceremonias del reino, regularizaba la protección de la propiedad y deliberaba sobre las cuestiones de paz y de guerra. Las reglas más estrictas existían en cuanto al matrimonio, y la práctica de la poligamia era prohibida para la plebe, pero, como entre los Puruhaes, había la costumbre de

permitir a los jefes de las tribus y al mismo Scyri, seleccionar varias concubinas.



Originalmente, la religión de la mayoría de aquellos antiguos habitantes se asemejaba en sus características generales, porque todos ellos adoraban objetos naturales, y algunas tribus, como los Caras y los Puruhaes han dejado vestigios de sus conceptos religiosos, en las ruinas de los templos que habían dedicado al sol y a la luna. La montaña de Abgna y el lago de Leoquina eran considerados como sagrados por algunas tribus Cañaris, sea como deidades mismas o como su morada. A esto se añadía la adoración de un pájaro de brillante plumaje llamado *guacamayo* ²³ o *arara*. Ellos miraban a este papagayo como poseyendo alma y sus primitivas ideas acerca de él eran que creían que sus antepasados descendían de aquel pájaro. Los picos nevados del Chimborazo y del Tunguragua, este último un volcán muy activo, también eran ob-

jeto de adoración de parte de los Puruhaes quienes los investían con los atributos de deidad masculina y femenina respectivamente, y de su copulación creían ellos que descendían sus antepasados. Un templo ²⁴ situado al pié del Chimborazo estaba dedicado a esta deidad-montaña, y, dentro de sus murallas, los nativos hacían sus ofertas y sacrificios. Según Velasco, los Puruhaes poseían también un templo en su capital Liribamba. De forma rectangular, sus proporciones eran pequeñas y contenían las imágenes del sol y de la luna y en el medio se levantaba un ídolo de barro cocido, que representaba el dios de la guerra y de la venganza, y a él los Puruhaes sacrificaban sus prisioneros.

Los Caras habían construído un templo al sol sobre la loma de Yavirá o Panecillo, cerca de Quito, la capital de su provincia. El edificio era cuadrado, construído de piedra y cubierto con un techo en forma de pirámide. Los adornos interiores eran sencillos y la puerta estaba situada hacia el oriente, de manera que los primeros rayos del sol caían so-

bre su propia imágen hecha de oro y colocada dentro del templo. A cada lado de la puerta principal habían dos columnas que servían para la observación de los solsticios por medio de los cuales el calendario Cara era regulado. También habían doce mojones distribuidos alrededor del templo: estos servían de gnomones que por su sombra indicaban el principio del mes. Los Caras adoraban dos dioses que ellos llamaban Paccha y Ea-cha.²⁵ La misma nación había dedicado un templo a la luna y a las estrellas en la colina opuesta a la de Yavirá. Era de forma circular y provisto de ventanas también circulares que permitían a los rayos de la luna caer sobre su imagen, hecha de plata. El cielo-raso estaba formado por un telón de algodón, de tinta azul, en el cual estaban fijadas estrellas de plata. La salida de la luna se celebraba allí cada mes en medio de bailes y borracheras.

Por otra parte, los Latacungas creían en la inmortalidad del alma y en una Potencia que conside-

raban como la Creadora de todas las cosas y como un elemento controlador de sus destinos. Ellos tenían mucha fé en sus sacerdotes, cuyos deseos reverenciaban y de quienes recibían instrucción verbal en sus ritos y doctrinas. Casi todas esas gentes antiguas tenían enorme confianza en los hechiceros, a los cuales consideraban como poseedores de fuerzas sobrenaturales y suponían que por su intermedio podían gozar del favor de comunicarse con sus deidades o de apaciguar sus cóleras,

El modo de satisfacer su curiosidad acerca de los misterios más profundos de los fenómenos naturales era el de escojer del surtido de sus conceptos primitivos las explicaciones que les relegaban sus tradiciones, o de inventar un cuento imaginario para explicar el misterio mismo. De esta manera, cada tribu tenía sus leyendas y conservaba la historia de sus antepasados, la que, con cada repetición, y a falta de un idioma escrito, aumentaba en fantasía. Los Caras, en verdad, poseían un sistema especial para conservar sus leyendas y tradiciones, pero era

menos perfecto que el de los *quipus*, empleado por los Incas. Ellos usaban trozos pequeños de madera y de piedra, clasificados según su tamaño, color y forma y, por los agrupamientos efectuados con esa clase de materiales, ellos registraban acontecimientos y hacían sus cálculos. ²⁶

Entre los mitos de los Caras existía uno relacionado con una serpiente fabulosa que aparentemente poseía influencias tan nefastas y misteriosas que la gente moría sin más que haberla mirado. Tenía la habilidad mágica de encogerse hasta reducirse al grueso de un hilo, y al verlo, el indio tenía que comer sal, mascar coca y ayunar durante una semana entera para salvar su vida. Velasco menciona una tradición de los Quitus que más tarde fué adoptada por sus conquistadores, los Caras, la que se refiere al origen del mundo. Paccha, el primer hombre, tenía tres hijos quienes a falta de enemigos atacaron un día una serpiente. Esta, en su cólera, dispuso que la tierra fuese sujeta a un diluvio general. Paccha y sus hijos se refugiaron en la cima del Pichincha,

adonde llevaron animales y alimentos. Después de muchos días soltaron un cierto pájaro que llamaban *ullaguanga*, pero este nunca regresó. Otro *ullaguanga*, soltado más tarde, volvió con una ramita verde en el pico. Esto lo tomaron como una señal de que el diluvio había cesado y descendieron de la montaña.

No necesitamos sospechar que esta historia tiene sabor a influencias cristianas; sin embargo, la combinación de las tradiciones de Babilonia con los muy primitivos mitos de los indios de Norte América es muy obvia. Entre los Indios Cañaris también existía una leyenda acerca del diluvio que por su encanto e ingenuidad puede ser comparada a los «Kinder und Hausemaerchen» de los hermanos Grimm. Cuando, según los Cañaris, las aguas invadieron el país, todos los habitantes perecieron excepto dos hermanos jóvenes que se escaparon a la cima de la montaña Huacaynan o Abgna. Al bajar el nivel de las aguas, los dos hermanos sufrieron la falta de alimento, pero encontraron que provisiones y chicha habían sido

depositados misteriosamente a su alcance. Las investigaciones que hicieron condujeron al descubrimiento de que sus benefactores eran dos pájaros *guacamayos*, los cuales, por una transformación mágica, tomaron la figura de lindas muchachas vestidas a la manera del país. Entonces, los jóvenes salieron de su escondite y después de expresar algunas palabras de gratitud ganaron la confianza de las dos vírgenes con las que después se casaron. De aquellos dos matrimonios, dice la tradición, descendió toda la tribu Cañari.

Ha sido relatado que los Puruhaes creían en que los espíritus de los muertos estaban penando en las riberas del lago Colay-Cocha, y las tradiciones de otras tribus hablaban de la aparición misteriosa del Hombre Blanco, el cual dejó la impresión de su pie en la roca. Se dice que piedras así marcadas existen cerca de Callo y de Ambato en el territorio de los Latacungas, y cerca de la aldea de Gonzanamá, en la provincia de los Paltas. De otras creencias extraordinarias, difundidas entre los nativos, existía

una que había también tomado raíz entre los Esquimos ²⁷, los Caribes ²⁸, las tribus de Yucatán ²⁹ y del norte de México.

Según ellos, un eclipse de la luna, su deidad femenina, indicaba que iba a desmayarse y que el fin del mundo estaba acercándose. En tales ocasiones, los hombres hacían un ruido ronco y confuso, golpeando utensilios de cocina y tambores, mientras las mujeres golpeaban a los perros a fin de que con los ladridos, la luna se volviera a reponer ³⁰. Es fácil imaginarse la confusión y la bulla horrible ocasionada por esta ceremonia que se funda en la creencia primitiva de la fé en el ruido para evitar calamidades.



Los ritos que observaban en sus entierros eran algo singulares. Los funerales eran generalmente precedidos por borracheras, bailes y cantos, interrumpidos por lamentos y gemidos. Esta orgía continuaba sin interrupción por uno o dos días y empezaba de nuevo después del entierro. El modo de disponer

del cuerpo de los muertos variaba. Entre los Caras se acostumbraba llevarlo lejos de toda habitación y colocarlo sobre el suelo; luego se construía una cámara a su alrededor y se acumulaba un túmulo o *tola* encima. Según era más grande la dignidad del difunto, más alta era la tola. Los individuos de la plebe eran sepultados en una postura acurrucada junto con sus armas, joyas y algunos alimentos, a fin de que los utilizaran en el otro mundo. Sus deudos más próximos dejaban chorrear chicha en su boca por medio de una caña hueca ³¹, porque en su interpretación de la vida futura se imaginaban que el difunto, teniendo que hacer una jornada peligrosa y de mucha fatiga, sufría muchos inconvenientes mientras viajaba de un lugar a otro, y querían que gozara de los placeres que tuvo durante la vida. O bien, ellos creían tal vez que los muertos resucitarían y volverían a tomar posesión de su propiedad.

Los sepulcros que levantaban en honor de sus mandatarios, si bien se asemejaban a los de la plebe

en su estructura general, eran más grandes en tamaño y la cámara era accesible y adaptada para recibir algunos cadáveres. La puerta de entrada siempre estaba dirigida al oriente y no se abría sino en la ocasión de otro entierro. El cuerpo de los individuos de las familias reinantes era conservado como momia y cubierto de sus mejores vestiduras. En un pequeño escondrijo interior, encima de cada nicho, había una estatuita hueca de barro, en la cual depositaban las piedrecitas de diferentes tamaños y colores. El objeto de éstas era transmitir a la posteridad la información acerca de la edad del difunto y de la duración de su reino.

Entre los Cañaris, Puruhaes y Latacungas, los muertos se colocaban en pozos, sea debajo de su propia habitación o en el campo abierto. El deseo de proveer al difunto de todas las comodidades en la vida futura, conducía frecuentemente a la costumbre de enterrar vivos, juntas con él, a su mujer y concubinas. El cuerpo del jefe de los Puruhaes era llevado al sepulcro sobre un sillón especial que se llamaba

tianga, y los ritos fúnebres se efectuaban durante muchos días por su pueblo. Cuando se les enterraba debajo del suelo de su choza, ésta era destruida o abandonada por los deudos, porque suponían que el espíritu del muerto la rondaba y ejercía una influencia nefasta sobre los vivos. Los Latacungas tenían la costumbre de cortarse el pelo a raso, para demostrar su aflicción o por miedo a contaminarse, mientras que los Cañaris y Puruhaes se sometían a ritos de purificación por medio de un baño general en el río, con el fin de poder entrar de nuevo en la sociedad de sus relacionados.

Esta era, según se sabe, la cultura primitiva de los antiguos indios de la altiplanicie de los Andes del Ecuador. Ella reflejaba la relación entre los aborígenes y el medio ambiente en que vivían, así como la depravación de su naturaleza. Pero no era parte de los planos de sus dioses, el permitir que continuara esa sociedad malsana, porque, más o menos, tres cuartos de siglo antes de la invasión española, los nativos experimentaron algún progreso bajo el

reino de los Incas del Perú, sus vecinos del sur, quienes al mando de Tupac Yupanqui emprendieron la conquista de aquellas provincias.

Las tribus que vivían al norte hacia Pasto fueron subyugadas en el curso de pocos años, y su territorio, incorporado al imperio de los Incas, fué designado con el nombre de Chinchasayu ³². Los vencidos se persuadieron muy pronto de la superioridad natural de los invasores y aceptaron, aunque con reluctancia al principio, la nueva forma de gobierno que por su autoridad decisiva y rigidez, era para ellos una innovación. Pero los Incas, con una sagacidad y caballerosidad admirables, obraron con calma y casi sin ser apercibidos. De este modo hicieron que el yugo impuesto a sus nuevos súbditos apareciera liviano y fácil. «La nueva forma de gobierno», escribió Velasco ³³, «quería decir nada menos que una perfecta igualdad y conformidad del Reino con el imperio peruano, en materia de religión, en el gobierno político y civil, en las leyes de la monarquía, en el sistema militar, en la distribución de las tierras que eran

capaces de cultivo, en los usos y costumbres, en las artes y ciencias, en el idioma general, y en las obras públicas y fábricas instituidas unas para la utilidad, otras para la enseñanza, otras para la seguridad y defensa, otras para la comodidad, y otras para solo el fausto y la grandeza».

*
* *

Durante los años que siguieron, la influencia general de los Incas se extendió rápidamente sobre todo el territorio, y una vida de disciplina y de control moral pronto substituyó la independencia salvaje que había existido previamente. La propagación del idioma quichua de los Incas fué acompañada por una mezcla de sangre y una trabazón de tipos y de los caracteres especiales de las diferentes tribus. En algunos casos donde una comunidad se resistía a las modificaciones aportadas por el nuevo régimen, los gobernadores tenían recurso a la política de *mitimaes*³⁴, que consistía en conmutar las familias rebeldes de una parte del reino a otra de clima y de

características físicas idénticas y en sustituir en su lugar un número igual de gente de su propia raza, de cuya lealtad podían depender. Existían muchos casos de esta clase de destierro; se sabe por ejemplo, que en la comunidad radicada en el sitio de la aldea moderna de San Andrés, cerca de Riobamba, habían mitimaes de Condesuyo, y allí era común, aun al fin del siglo XVI, oír hablar el puruhaes, el quichua y el aymara ³⁵. Por otra parte, Velasco relata que la aldea de Yaruquíes, también cercana a Riobamba, fué ocupada por una tribu traída de Yaruquí, una comunidad vecina de Quito. Los mitimaes de Cajamarca fueron transferidos a Guamarica, en el valle de Chimbo; otros de Guanacondo a Chapacoto, y otros todavía de la provincia peruana de Cajamarca ² Azancoto. Las colonias de expatriados llegaron a ser especialmente numerosas en territorio Cara, donde los Zambisas de hoy, por ejemplo, se parecen exactamente a los indios modernos que viven en la frontera entre el Perú y Bolivia. Los Latacungas tampoco escaparon enteramente a la medida de estricta disci-

plina de los Incas y los historiadores han asegurado que la aldea de Quero, al sur de Ambato, fué completamente substituída por indios de Cuzco.

Bajo la influencia de los Incas se estableció un sistema perfeccionado de adoración al Estado, habiendo dado a entender los príncipes a sus súbditos que ellos eran la imagen del objeto de su adoración y que se debía darles todos los honores divinos. Sin embargo, la nueva religión era tan falta de consideraciones morales ³⁶ como la de cada tribu lo era anteriormente. La creencia de que el cielo y la tierra habían sido creados por un Ser Supremo y Creador o Ylla Tecca (luz eterna) era un concepto fácilmente aceptado y éste pronto apagó los cultos de las diferentes tribus. A su deidad, los indios llamaban *viracocha* y ellos se imaginaban que sus compañeros eran el sol, la luna y los planetas. El territorio pertenecía al Estado y un sistema comunista de propiedad de tierras y de colonización proveía las necesidades de cada familia. De año en año se hacían nuevas distribuciones, terrenos adicionales eran concedidos

a cada recién nacido, recibiendo los hijos varones una concesión doble a la que recibían las hembras ³⁷. Guiados por la sagacidad práctica de sus monarcas, el país alcanzó por grados imperceptibles una condición casi permanente de paz y de tranquilidad, que dejó una impresión duradera sobre la cultura y el idioma de los nativos. Aun la manera de vestirse adquirió uniformidad en todo el imperio y es más o menos el mismo vestuario, ordinario y sencillo, llevado por los indios modernos.

Como se ve, hacia el fin del siglo XV, las nuevas influencias que dataron del tiempo de la conquista por los Incas, habían dado resultados beneficiosos para los subyugados, porque, a esa época, la civilización de las tribus de Chinchasayu estaba al mismo nivel que la de los Peruanos. Algunos años más tarde, empero, la rivalidad entre los príncipes hermanos Atahualpa y Huascar, fué un indicio de una próxima calamidad. Los intereses opuestos llevaron a la discordia y finalmente a la guerra civil que coincidió con la llegada de los Españoles en el imperio incásico.

La vista de hombres blancos, llevando armadura brillante de acero, era suficiente para que los nativos creyeran que los visitantes eran mensajeros divinos, y los celebraban como si fuesen la personificación de su dios viracocha ³⁸. Los indios se distinguieron por su bondad y hospitalidad. Pero cuando después los Españoles destruyeron el imperio peruano, exterminaron la familia del Inca, impusieron por la fuerza conceptos religiosos nuevos y distintas costumbres, sus mentes, demasiado confiadas, se llenaron de sospecha y de espanto.

De conformidad con el objeto inmediato de sus intenciones, los invasores exigieron oro, plata y perlas a los nativos, los sujetaron a una servidumbre la más opresiva bajo el sistema de trabajo forzado llamado *mita*, por el cual eran cojidos en grupos y colocados bajo el control absoluto de los conquistadores, con la prohibición de pedir o esperar retribución, siendo reducidos de esta manera inhumana al estado más bajo de la miseria. Gradualmente, los sentimientos de libertad e independencia que los



descendientes de los propietarios primitivos del suelo habían guardado durante la dominación de los Incas, desaparecieron para dar lugar a una pena inconsolable. También era la parte más característica de la política de los hombres blancos, esforzar la autoridad de los reyes españoles por la imposición de la unidad y obediencia religiosas, pero los indios, perplejos ante las inconsistencias aparentes en las manifestaciones del fervor cristiano, se «burlaban de los Españoles cuando éstos les hablaron del Salvador Crucificado, porque su dios, el sol, les parecía en toda su gloria cada mañana» ³⁹. Pero la influencia de la religión hizo poco para suavizar el corazón de los Españoles hacia esta raza infortunada, que por ningún otro crimen que su simpleza de niños, ellos sujetaron durante siglos a un tratamiento brutal. Aguijoneados hasta la desesperación por los males infligidos sobre los nativos, un descendiente de los Incas, llamado Tupac Amaru, levantó la bandera de la revuelta, pero el resultado fué nulo y el levantamiento dominado debido a la falta de unidad

de los indios. Este fracaso influyó en mucho para que los indios aceptasen la conversión forzosa a la fé romana y los sacrificios que les impuso la política de la Vieja España. Después, debido a su completa imposibilidad de comprender que una deidad omnipotente y beneficiente les infligiera tantos tormentos, ellos tomaron la fé sin seriedad, y se opusieron a toda educación moral.

«Al fin» escribió Humboldt ⁴⁰, «los misioneros, bajo la protección del brazo secular, hablaron palabras pacíficas. El privilegio de la religión era consolar la humanidad por parte de los males cometidos en su nombre, abogar por la causa de los nativos ante los reyes, resistir la violencia de los encomendados, y reunir las tribus errantes en comunidades llamadas *misiones*. Sin embargo, aquellas instituciones, necesarias al principio para dar fin con la efusión de sangre y para establecer la primera base de la sociedad, llegaron a tener un resultado hostil a todo progreso. Los efectos de este sistema fueron tales, que los indios quedaron en un estado poco di-

ferente del en que se encontraban antes de que sus viviendas fuesen construídas alrededor de la morada del misionero. El número de individuos ha aumentado considerablemente, pero la esfera de sus ideas no ha engrandecido. Progresivamente, ellos han perdido el vigor de su carácter y la viveza natural que, en cada estado de sociedad, son el noble fruto de la independencia. Al sujetar a reglamentos invariables aun los más mínimos actos de su vida doméstica, se les ha hecho estúpidos, debido al esfuerzo de hacerlos obedientes. Su existencia, en general, está más asegurada, y sus costumbres son más pacíficas, pero, sujetos a la coartación y a la monotonía insípida del gobierno de las misiones, los indios demuestran por su semblante melancólico y reservado, que no han sacrificado sin sentimiento su libertad por el reposo».

Más cerca de nuestros tiempos, ruidosas voces de libertad pasaron por el país y llegaron a su oído. Una república acababa de formarse, y de entonces en adelante, así se les dijo, ellos gozarían de la ben-

dición de mejores condiciones sociales y de felicidad. Empero, tres siglos de miserias los dejaron indiferentes y fríos hacia todos los acontecimientos que pudieran serles favorables o desfavorables. Hoy, rodeados por las comodidades, el afecto y las virtudes de la sociedad, ellos se quedan indiferentes y no quieren aceptar su beneficio. Los indios guardan los antiguos elementos de su cultura, sus costumbres y sus supersticiones. Por toda la altiplanicie de los Andes ecuatoriales, ellos presentan uniformidad en su apariencia y conversan en el idioma quichua, que perpetúa la memoria de sus antepasados. Nada puede influenciar sus mentes, ni pueden ser incitados por súplicas o promesas. En cualidades mentales ellos han degenerado, son incultos, ineptos, taciturnos y poco leales hacia la población blanca a cuya suerte está ligada la suya.

Y en esta actitud, el viajero de hoy obtiene fácilmente la impresión de sus vehementes nostalgias hacia las realidades de tiempos antiguos, y, cuando los ve ahogando su pena en la chicha intoxicante,

en medio de bailes adaptados para representar su desesperación, se convence de que estos indios han experimentado poco cambio desde el tiempo en que Fernando de Santillán ⁴¹ escribió que «la miseria y servidumbre en que están la sienten gravísimamente, y así de ordinario nunca están sino llorando; aunque sea en fiestas y regocijos, todo es llorar, y sus cantares todos son de duelo».

Y entre sus cantos de hoy, se oye aún un *yaravi* o poema de lamentaciones dedicado a Atahualpa, compuesto por un antiguo cacique de Alangasí, cerca de Quito, que los indios cantan en la música pentatónica sencilla de un rondador:

Imashinata

Turi cunalla

Mana llaquisha

Tandanacushun

Ñuca llactapi

Yahuar pampapi

Shucta ricushpa

Huacanacushun

<i>Inca yayalla</i>	<i>Caita yayashpa</i>
<i>Janac pachapi</i>	<i>Mana huanuni</i>
<i>Ñuca llaquilla</i>	<i>Shungu llugshishpa</i>
<i>Ricungui yari</i>	<i>Causaricuni.*</i>

Nada mejor que estos versos pueden explicar los sentimientos, las condiciones mentales o los motivos por los cuales están influenciadas las emociones de los indios modernos de los Andes del Ecuador.



* Y por qué no he de sentir?
Y por qué no he de llorar?
Si solamente extranjeros
En mi tierra habitan ya.
Ay! venid, hermanos míos
Juntemos nuestro pesar
Y en ese llano de sangre
Lloremos nuestra orfandad

Y vos, Inca, padre mío
Que el alto mundo habitáis,
Estas lágrimas de duelo
No olvidéis allá jamás.
Ay! no muero recordando
Tan funesta adversidad
Y vivo, cuando desgarras
Mi corazón el pesar.

NOTAS.

- 1 *R. F. Foster: The Racial Problems Involved in Immigration from Latin America and the West Indies to the United States.* Washington. Government Printing Office, 1925, p. 327.
- 2 *C. H. Markham: Travels in Peru and India,* 1862, p. 1087.
- 3 *Dr. Arthur Chervin: Anthropologie Bolivienne;* Paris, 1908. p. p. XXXI-XL.
- 4 *Martín Fernández de Navarrete: Colección de los Viajes y Descubrimientos.* Madrid, 1829. Tomo III, p. 422.
- 5 *G. E. Church: Aborigines of South America,* p. 172.
- 6 *M. Jiménez de la Espada: Relaciones Geográficas del Perú,* C.VII, Vol. 4.
- 7 *S. G. Morton: Types of Mankind,* p. 277.
- 8 *Garcilaso de la Vega: Comentarios Reales,* Vol. I. p. 75.
- 9 *F. H. Kenne: Man, Past and Present,* p. 408.
- 10 *R. Verneau y P. Rivet: Ethnographie Ancienne de l'Equateur* p. 11.
- 11 *Juan de Velasco: Historia Antigua del Reino de Quito,* Tomo I, páginas 48 y 141.
C. C. Marquez: Orígenes Etnográficos de Colombia, Boletín de Historia y Antigüedades, Año III, Nº 35, p. 659.
- 12 *Cieza de León: Parte primera de la Crónica del Perú.* Anvers 1554, p. 86.
- 13 *Juan de Velasco: Op. cit. Vol. II, p. 3.*
- 14 *Cieza de León; Crónica del Perú;* p. 396.
- 15 *R. Verneau y P. Rivet: Op. cit., p. 24.*
- 16 *Id p. 20,*
- 17 *Antonio de Ullon y Jorge Juan: Relación Histórica del Viaje a la América Meridional,* Madrid 1748, Tomo II.
- 18 *R. Verneau y P. Rivet: Op. cit., Pág. 37,*
- 19 *Cieza de León: Segunda Parte de la Crónica del Perú. Cap. IV, p. 2. Publicada por Marcos Jiménez de la Espada, Madrid 1880.*
- 20 Citado por *R. Verneau y P. Rivet* en su *Ethnographie Ancienne de l'Equateur,* p. 37.
- 21 *Antonio de Ullon y Jorge Juan: Relación Histórica del Viaje a la América Meridional,* Madrid, 1748, Tomo segundo.
- 22 «En lugar de moneda que usan, es cierta yerba que llaman en su lengua coca». *Fray Bartolomé de las Casas: De las Antiguas Gentes del Perú,* p. 49.
- 23 *Macrocerus, L.*

- 24 Durante una de sus numerosas jornadas por el Ecuador, el que suscribe estas líneas encontró un bloque grande de piedra tallada en la vecindad de la aldea de San Andrés, cerca de Klobamba. El autor no está en la posición de asegurar si dicha piedra pertenecía al templo dedicado al Chimblo-razo o a algún edificio de Liribamba, la antigua capital de los Puruhua, pero opina que el asunto merece ser investigado.
- 25 *Juan de Velasco*: Op. cit. Tomo I, p. 208.
- 26 *Juan de Velasco*: Op. cit., Tomo II, p. 7.
- 27 *David Cranz*: History of Greenland, I, p. 232.
- 28 *J. F. Lafitau*: Moeurs des Sauvages Américains, I, p. 351.
- 29 *John L. Lubbock*: The Origin of Civilization, p. 235.
- 30 *Garcilaso de la Vega*: Comentarios Reales, I, p. 346.
- 31 Se han encontrado restos de tubos utilizados con el mismo objeto en las sepulturas históricas de muchas naciones, entre otras en las que fueron descubiertas en las Islas Británicas.
- 32 *Garcilaso de la Vega*: Op. cit. Tomo I, p. 264.
- 33 *Juan de Velasco*: Op. cit., II, p. 26.
- 34 *Cieza de León*: Segunda Parte de la Crónica del Perú; editada por Marcos Jiménez de la Espada, p. 85.
- 35 *R. Verneau y P. Rivet*: Op. cit., p. 28.
- 36 *F. G. Muller*: Geschichte der Amerikanische Urreligionen, p. 565.
- 37 *A. Wuttke*: Geschichte der Menschheit, T. I, p. 328.
Charles Wiener: Essai sur les Institutions Politiques, Religieuses, Economiques et Sociales de l'Empire des Incas. p. 68.
- 38 *Fray Bartolomé de las Casas*: Op. cit. Nota 1, p. 51 y 52.
- 39 •Waeom zy dan de Spanjaerden bespotten, toen haer een gekrulsten Heiland verkondigden; want zy hadden een beter God, gelijk voorgaven, die alle morgen zoo heucheljk te voorschijn quam. *Arnoldus Montanus*: De Nieuwe en Onbekende Weereld. Amsterdam, 1671. p. 305.
- 40 *Alexander von Humboldt*: Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of America, Tomo 1 p. 201.
- 41 *Fernando de Santillán*: Relación del Origen, Descendencia, Política y Gobierno de los Incas. Valladolid 1553. Publicada por el Ministerio de Fomento. Madrid 1879. Pág. 78.

HYDROELECTRICAL ENGINEERING

POR RICHARD MULLER.

Antiguo Ingeniero Consultor del Gobierno del Ecuador,
(431 pág., 395 ilustraciones, 1 diagrama)
New York, 1921.

SINOPSIS.

Hidrología—Medición del Débito de los Ríos—Canales—Turbería de Presión—Diques Turbinas—Equipo de la Central y de la Sub-estación—Líneas de Transmisión—Investigación de Proyectos y Consideraciones Económicas—Descripción de Plantas Existentes—Avalúo de la Fuerza Hidráulica—Legislación.

NOTA:—Esta obra ha sido aprobada por las Universidades siguientes y es utilizada como texto o libro de referencia en sus cursos de ingeniería:

EN LOS ESTADOS UNIDOS:

Armour Institute of Technology	University of Arizona
California Institute of Technology	University of Arkansas
Carnegie Institute of Technology	University of California
Clark University	University of Colorado
College of the City of New York	University of Detroit
Columbia University	University of Hawaii, T. H.
Cornell University	University of Illinois
Iowa State College	University of Kansas
Lehigh University	University of Kentucky
Massachusetts Institute of Technology	University of Maine
Mechanic Institute of San Francisco	University of Minnesota
Michigan Agricultural College	University of Missouri
Ohio State University	University of Nevada
Pennsylvania State University	University of Pittsburgh
Rensselaer Polytechnic Institute	University of Texas
Rice Institute, Texas	University of Utah
Stanford University	University of Wisconsin
State College of Washington	University of St. Louis
State University of Iowa	Worcester Polytechnic Inst.
Tufts College	Yale University
University of Alabama	

EN ALEMANIA:

Instituto Politécnico Real de Berlín
Instituto Politécnico de Hannover
Instituto Politécnico de Múnich
Instituto Politécnico de Stuttgart

EN RUSIA:

Instituto de Petrograd
Universidad de Moscú

EN EL JAPÓN:

Colegio Técnico de Kumamoto
Universidad Imperial de Kyoto
Universidad Imperial de Kyushu
Universidad Imperial de Tokyo

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA:

Universidad de Buenos Aires

EN AUSTRALIA:

Universidad de Sidney.